

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

CAPITAL FEDERAL

6

Maestro SARA H. BERTOLASSI

Escuela N° 1 C.E. 7

Fojas 8

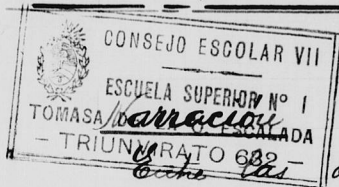
OBSERVACIONES

Capital federal

Escuela: Tomasa de la U. Escalada

Sara H. Bertolasi

Domingo F. Sarmiento



Sucero de Quiroga

ciudades de San Luis y San Juan existe un dilatado desierto que recibe el nombre de harcía por la falta completa de agua. En esta harcía tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue: Son frecuentes eran los cuchilladas entre nuestros gauchos que habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis y ganar la harcía a pie, con su montura al hombro con el objeto de huir de las persecuciones de la justicia. Allí debían alcanzarlos dos compañeros, tan luego pudiesen proveer de caballos para los tres. No era solamente el hambre y la sed, los peligros que le aguardaban en aquel desierto sino que además andaba por esos lugares un tigre cebado que tenía predilección por la carne humana habiendo sido ya más de ocho, las víctimas de su predilección.

Cuando nuestro prófugo hubo examinado unas seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, estremeciéndose en todas sus fibras. Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y a la vez más cercano. No cabía duda, el tigre venía ya sobre el rastro y solo a larga distancia se divisaba un pequeño algarobó.

tura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria inmóvil del tigre del que no podía apartar los ojos, había empezado a debilitar sus fuerzas, siendo próximo ya el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer sobre la ancha boca de la fiera, cuando el rumor lejano del galope de caballos le infundieron esperanzas de salvación. En efecto sus amigos habían visto el rastro del tigre y corrían en su esperanza de salvarlo.

El desparraqueo de la montura le reveló el lugar de la escena. Volaron hacia él y embargaron al tigre empacado y ciego de furor. Esto fue la obra de un segundo. La fiera estirada a dos lazos no pudo escapar a las puñaladas repetidas, con que, en reuñanza de su prolongada agonía, la traspasó el que iba a ser su víctima.

"Entonces, supe lo que era tener miedo" decía el General Don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

Lara H. Bertolasi

Era preciso apretar el paso, correr, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia y cada uno se oía más vibrante causando un estremecimiento continuo en los nervios de nuestro pobre prófugo.

Al fin arrojó la montura a un lado del cañino se dirigió nuestro gaucho hacia el árbol que había divisado; felizmente pudo trepar a su copa bastante elevada pudiendo mantenerse medio oculto entre el cañino. El tigre marchaba con paso precipitado oliendo el suelo y bramando con más frecuencia al sentir la proximidad de la presa. En su precipitación pierde el rastro; se enfurece, remolenea hasta que divisa la montura, la derriba de un momento, esparciendo en el aire sus prendas.

Ultrado con este charco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección y dirige la vista hacia el frágil algarrobillo. Desde ese momento cesa su bramido; acércase a saltos y en un abrir y cerrar de ojos se encuentra apoyado en el árbol comunicándole un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho.

Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol y al fin bramando de cólera se echó en el suelo batiendo sin cesar la cola fijando los ojos en su presa. Dos horas mortales hacía ya que duraba esta horrible escena; la pos-